NUEVA SOCIEDAD NRO.118 MARZO- ABRIL 1992 , PP. 12-15

Chile. La transición más rápida

Rodríguez-Elizondo, José

José Rodríguez Elizondo: Periodista y abogado chileno. Autor de diversas publicaciones, entre artículos y libros. Especialista en temas de política internacional y transiciones democráticas. La editorial Nueva Sociedad ha publicado La crisis de las izquierdas en América Latina (1990).

Cuando el presidente Patricio Aylwin dijo, el 7 de agosto de 1991, que «la transición ya está hecha», reponía a su país en el Guiness político de los fenómenos excepcionales. Chile, con el primer régimen demócrata cristiano en América Latina (Eduardo Frei, 1964-1970); el primer proyecto socialista-marxista del mundo legitimado electoralmente (Salvador Allende, 1970-1973), y el modelo económico neoliberal más puro, también a escala mundial (Augusto Pinochet, 1973-1990), pasaba a convertirse en el país de la transición más veloz entre una dictadura y una democracia; menos de diecisiete meses, contados desde el 11 de marzo de 1990, fecha de la toma de posesión del presidente Aylwin.

Definir y limitar una transición supone una buena dosis de convencionalismo. En España, país del paradigma, suele estimarse que la transición comenzó en los últimos años de la dictadura de Francisco Franco y no faltan quienes afirman que aún no se le ha puesto el punto final. En Chile, de manera similar. podría decirse que comenzó con la decisión de los partidos democráticos de utilizar la propia legalidad del régimen autoritario, para impedirle su proyección hasta el próximo siglo. Y también podría aceptarse que, para hablar de democracia consolidada, faltan cosas por hacer o por aclarar. De hecho, analistas como Manuel Antonio Garretón, asesor cultural del ministro de Educación Ricardo Lagos, ha dicho para la revista Perú Económico que lo de la transición terminada «es un concepto profundamente equivocado». Por ello, para apreciar la velocidad comparada de la transición chilena, hay que precisar si en agosto de 1991 ya se había cumplido sus objetivos principales. Según Eugenio Tironi, experto del gobierno en materia de comunicaciones y cultura, es exactamente lo que sucedió y los objetivos alcanzados son los siguientes:

- Se ha establecido la verdad en cuanto a la violación de derechos humanos y se han instituido mecanismos de reparación a los familiares de las víctimas.

- Se ha conseguido institucionalizar la subordinación de las Fuerzas Armadas al poder civil, más allá de ciertos trastornos.

- Se han puesto en funcionamiento las nuevas instituciones democráticas, lográndose consensos imprescindibles para la estabilización del país.

- Chile se ha reinsertado políticamente en el concierto de las naciones ampliando, así, las posibilidades de su economía de exportación.

- Se ha demostrado que la democracia no se opone a los equilibrios macroeconómicos, por lo cual el país ha podido enfrentarse hasta a procesos de ajuste recesivo.

- Están en marcha las políticas y medidas hoy posibles, para detener la tendencia al deterioro de las condiciones de vida de los sectores populares.

Perfil bajo y complicado

Si lo anterior no ha sido destacado con fanfarria, es porque la transición impone un perfil bajo («mediocre», dicen sus adversarios o sus amigos impacientes), dentro y fuera del país. En efecto, al traducirse en una delicada y conflictiva transferencia de poderes entre el autoritarismo que se extingue y la democracia que renace, ha generado un contexto asordinado en el cual no debe haber triunfadores ostentosos ni derrotados espectaculares.

Todo esto hace que, en la superficie, la política chilena aparezca como algo esotérico, que los políticos pierdan el protagonismo del que antes gozaron y que algunos nostálgicos añoren aquellos tiempos en que las utopías hacían de la menor discrepancia un asunto de vida o muerte. «La política es una lata (aburrimiento)» suelen comentar los lolos (jóvenes) chilenos, que no vivieron directamente el encarnizamiento político de sus mayores. Estos, por su parte, saben que si eso pudo ser de algún modo «entretenido», culminó en una tragedia que conmovió al mundo y que generó traumas similares a los de la guerra civil española.

Tan grande es la complejidad, que los políticos más profesionales - digamos, los parlamentarios - rehuyen el enfrentamiento con una de las causales mayores de su déficit protagónico: ese Congreso extramuros (en Valparaíso) establecido por el régimen anterior, que los mantiene tan lejos del hegemónico poder presidencial como de las cámaras de televisión. Respetuosos de la presión regionalista que quiere ver en el Congreso porteño un factor de desarrollo económico, prefieren vivir corriendo entre Santiago y Valparaíso. Esto, que transforma la ruta en una informal pista para campeones de Fórmula 1, está aumentando riesgosamente los índices de siniestralidad. Osvaldo Sunkel, conocido intelectual chileno, comentando un grave

accidente en esa ruta sufrido por Carlos Ominami, ministro de Economía, predijo que sólo al cabo de muchos muertos la clase política chilena se atreverá a ponerle el cascabel al gato.

Lo cual significaría, digamos de paso, que la amenaza del violentismo ha sido sustituida, para los políticos, por la amenaza del simple automovilismo.

De los «amarres» a la polémica sexual

En la base de la complejidad de la transición chilena está su marco jurídico-político. Como se sabe, éste fue diseñado por el régimen anterior, con prolijidad castrense y sin contradictores válidos, autogarantizándose - aun en caso de pérdida del gobierno posiciones de alto nivel dentro de las instituciones.

Tan alta garantía se articula, además, con una base social no desdeñable - en términos del sistema electoral - propia de un régimen que efectivamente perdió el gobierno, pero sin derrumbarse. En otras palabras, ese marco jurídico-político, establecido autoritariamente y con rango constitucional, no repugna a un porcentaje importante de chilenos. Estos suelen decir, eufemísticamente, que valoran la democracia «pero no a cualquier precio».

De otro lado, los seguros y reaseguros del poder en extinción («amarres», en la jerga local) han obligado a optimizar el talento negociador de los actores políticos democráticos y a reducir al mínimo sus ingredientes ideológicos. Ha surgido, de este modo, un pensamiento político ecuménicamente renovado, que privilegia los consensos y que soslaya la confrontación.

Uno de los riesgos asumidos por el gobierno al dictaminar que la transición había terminado fue, precisamente, el de que la competencia abierta, implícita en la postransición, trajera de vuelta los fantasmas ideológico-confrontacionales. En los hechos, ha sucedido algo curioso: se ha politizado fuertemente el debate sobre tópicos de difícil clasificación ideológica.

Así, el nivel de los índices de delincuencia y el comportamiento sexual de los chilenos, son los temas que apasionan a los polemistas y a los forjadores de opinión, bajo los rótulos de «crisis de seguridad interna» y «crisis moral».

Pero, en lo clásicamente ideológico-político, todo indica que el riesgo asumido ha sido razonable, pues los partidos del sistema prefieren tratar sus discrepancias como un «perfilamiento» ante la opinión pública. Freudiana sublimación para amortiguar los choques entre sí, o señal de que aprendieron a poner el énfasis en los dos pilares del consenso: la democracia representativa y la economía social de mercado.

Desde la perspectiva de las fuerzas de gobierno, agrupadas en la Concertación de Partidos por la Democracia, la postransición ha abierto una crítica que, vista desde otro ángulo, bien pudiera ser un elogio para la gestión del presidente Aylwin. En efecto, algunos dirigentes se han quejado de que la opinión de sus partidos es poco considerada en La Moneda. Los ministros con formarían un «suprapartido» y esto provocaría un «encapsulamiento» gubernamental, según definición acuñada por Jorge Arrate, notable teórico del socialismo «renovado».

Paradójicamente, tal independencia de gestión es aplaudida por muchos partidarios del gobierno. Específicamente, por quienes no olvidan la pugna por el hegemonismo con que los partidos de la Unidad Popular estrangularon el gobierno de Salvador Allende.

A estos escarmentados del «cuoteo» les ha encantado enterarse de lo que Aylwin dijera, recientemente, para la revista Análisis: «Si yo cerrara los ojos y no le conociera la voz a mis ministros, en mis reuniones con ellos yo no podría decirle cuál es demócrata cristiano, socialista, radical o PPD (Partido Por la Democracia)».

Reinserción cumplida

Es el ámbito de la política exterior donde la «misión cumplida» puede apreciarse de manera más nítida. Entre otros logros y en el corto lapso de la transición, Chile ha reanudado relaciones con diversos países; ha recuperado presencia e influencia en foros de los cuales estuvo excluido, como el Grupo de Río y los No Alineados; ha llegado a acuerdos bilaterales de la mayor importancia económica con países de América Latina y de la Comunidad Europea; ha iniciado una nueva relación con los Estados Unidos; en el marco de la Iniciativa para las Américas, y ha plasmado un acuerdo de paz con Argentina de proyecciones tan ejemplares como históricas.

El canciller Enrique Silva Cimma, radical, ex contralor general y jurista de reconocida ponderación, hizo un ecuánime balance de esta reinserción internacional, en una conferencia en la Academia Diplomática. Por una parte, señaló, «durante casi

diecisiete años Chile fue una isla». Pero, agregó, «justo es reconocer que también heredamos algunas realizaciones en el campo de la economía».

De alguna manera, el éxito de la reinserción ha sido un poco apabullante. Por eso, adversarios que no aprecian el fair play de Silva Cimma quieren descalificar su gestión con dos críticas que se anulan: no hay mérito, dicen unos, porque la reinserción de Chile es «simplemente formal»; hay mérito dicen otros, pero el crédito hay que darlo al sector económico del gobierno.

Respondiendo a estos críticos, el diputado demócrata cristiano Sergio Pizarro, presidente de la Comisión de Relaciones Exteriores de su Cámara, señaló en un discurso que se trataba de «una poco patriótica actitud revanchista (...) debido a que no hubo política exterior sostenible durante el régimen pasado». Agregó que el Chile de hoy no está condenado a perseverar en una política exterior puramente economicista, «única dimensión que podía manejar un gobierno aislado y ajeno al diálogo político y cultural con los demás países del mundo».

Otro aspecto destacable de la reinserción chilena es su «retorno a América Latina», tras la pretensión de algunos economistas del pasado régimen de decirle adiós a la región. «Somos latinoamericanos», ha dicho tajante el canciller y «hemos vuelto sin afán alguno de liderazgo».

Democracia escarmentada

A contrapelo de la desmoralización de los críticos impacientes, de la actitud negativa - eventualmente terrorista - de los elementos no democráticos y de la reticencia de muchas víctimas del régimen anterior, la renacida democracia chilena está en franco proceso de consolidación. Podría decirse, como pasatiempo para teóricos, que la transición a la democracia ha cedido el paso a la transición a la consolidación.

Para la inmensa mayoría de los chilenos que se encuadran dentro de los consensos básicos, ésta es una conquista que se debe cuidar con esmero. Es lo que aconseja una experiencia desgarradora, que el presidente Aylwin suele usar como advertencia: «el pueblo chileno aprendió con su propio dolor el costo de la intransigencia y el dogmatismo».

Esto hace que, en su esencia, la chilena sea una democracia escarmentada. Ello explica e implica, en todos los niveles, a la derecha y a la izquierda, el predominio de

los líderes que consiguieron salir de sus burbujas. De aquellos que asumieron una genuina responsabilidad nacional por la dramática peripecia de las últimas dos décadas, renovándose por sobre sus utopías.

Este artículo es copia fiel del publicado en la revista Nueva Sociedad Nº 118 Marzo- Abril de 1992, ISSN: 0251-3552, **<www.nuso.org>.**